

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

PUBLICACIÓN DECENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

TIRADA 7.000 EJEMPLARES

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—(Pagos adelantados)

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
20 » » » » 1 pta. » »	
100 » » » » 5 » » »	
500 » » » » 25 » » »	
1000 » » » » 50 » » »	

Paquetes, sin suscripción de 100 núms. 2 ptas.
Incluidos gastos de correo, sin certificar.

«Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS)

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

Un hombre sin influencias

Tiburcio era un peón albañil honradote, á quien un maestro de obras daba trabajo en todas las que le caían.

Mas se murió el maestro aquel, y el pobre Tiburcio se halló en medio de Madrid, sin ocupación, lleno de trabajos, y sin quien le ayudase á sobrellevarlos.

Un antiguo camarada topó con él y le dijo:

—Chico, hoy todo va por *influencias*. Busca una recomendación de algún gran personaje, y te admitirán enseguida en la obra de la calle de Preciados.

—¿Qué personaje?... ¡si yo no conozco ninguno!

—Pues al Obispo...

—¡Pues tampoco!... es decir, ¡vamos! conocerle ya le conozco, pero él á mí no me conoce.

—Pero conocerá á otros, y estos á otros, y de estos alguno á alguno, que te conozca á tí... Hoy día suelen ir las *influencias* así, por *escalafón*.

—¡Entiendo!... Bueno... yo veré.

Fuese Tiburcio aquel mismo día á ver á un Capellán de Monjas, que era de su pueblo, y con quien había tenido amistad cuando muchachos.

El Capellán le recibió afable y muy caritativo, y procuró consolarle. Pero después de todo, añadió:

—El recomendarte yo á alguna persona para que hable al Sr. Obispo, había de ser certificándole que eres á propósito para ese trabajo por tu habilidad, laboriosidad y fuerzas. Nada de esto me consta.

—Soy un pobre necesitado, y con familia.

—Y serás sobre eso muy digno de ser atendido por tu buena conducta y religiosidad... aunque, á la verdad, tampoco me consta; muchos obreros no buscáis á los sacerdotes sino cuando os veis apurados por motivos materiales. Pero de todos modos, el ser pobre indigente es buena razón para ser socorrido, en reparto de limosnas,

mas no es bastante para el presente caso. Por otra parte no sé si el señor Obispo podrá intervenir en este asunto. ¿Sabes que tenga intimidad con los dueños de esa obra?

—¡Yo no sé nada!

—Pues ¿cómo lo arreglamos?...

Acaso tampoco querrá Su Ilustrísima ocuparse en esto, teniendo negocios tan graves de su especial incumbencia, y temiendo quizá perjudicar á otros trabajadores, tal vez más competentes y necesitados; y puede que no quiera exponerse á que con este ejemplo acudan á él todos los que se hallen parados en los talleres y cesantes en las oficinas... ¡Qué se yo! En fin, veo esto tan arduo y dudoso que me parece una temeridad... Y á todo esto no se me ocurre una persona de mi intimidad que la tenga bastante con el Sr. Obispo.

—Pues, Padre Capellán, ya veo que no puede ser—dijo humildemente Tiburcio.

—Toca otros resortes. Entre tanto yo pensaré. Si no hallas *influencias*, vuelve á ver si me es posible dar algún paso...

Se fué el desgraciado Tiburcio lleno de angustias, y estuvo llamando á varias puertas. ¡Cuántas decepciones, cuántas repulsas! Al cabo de días y semanas, un caballero que vivía ¡casualidad! en su propia calle, le dió una tarjeta con recomendación para el sobrestante de la obra de la calle de Preciados, aunque previniéndole que no trataba y apenas conocía á tal sobrestante, y con otras reservas parecidas consiguió dos tarjetas más, y se personó en el solar de la obra, ufano y casi engreído con sus *influencias*.

El sobrestante tomó las tarjetas, las leyó de prisa, y rompiéndolas en menudos pedazos, le dijo con semblante fosco:

—¡Cuando usted se presenta con tantas recomendaciones, señal que no sirvel! Si me hubiera pedido sencillamente trabajo, le hubiera admitido, al menos hasta probarle, pero las recomendaciones le desacreditan... ¡lo que es por mí, para siempre! Y sepa que lo mismo hago con todos los que me

vienen con *influencias*.

Estupefacto quedó el pobre Tiburcio y despavorido, y con un abatimiento rayano á la desesperación.

De vuelta á su casa pasó por una iglesia y se le ocurrió entrar. Hallóla desierta, y vió en unas andas una imagen de San José, junto al altar mayor; arrodillóse ante ella, pidiendo al santo le sirviera de padrino en trance tan amargo, y le hizo la promesa de confesarse y comulgar si encontraba donde ganarse la vida. Con lágrimas en los ojos y ahogados sollozos en la garganta le dijo que, puesto que las *influencias* de los hombres de nada le habían servido, interpusiera su valioso influjo en favor suyo con Dios y su Madre bendita.

Sintióse movido á acercarse al trono de la imagen y besar devotamente la peana. Mas un monaguillo que le observaba de lejos, creyendo que iba á robar alguna vela ó ramo del trono, fué corriendo á la sacristía á avisarlo al sacristán. Este se dió buena maña, y al salir Tiburcio le hizo prender por un guardia de Orden público. Acudió, llamado también, el señor Cura, quien le interrogó mientras el guardia le registraba, sin hallar cuerpo de delito en el del infortunado obrero.

No obstante, la relación que hizo de sus desgracias pareció á todos muy verosímil, y en su vista, el señor Cura le remedió con un subsidio, y quiso informarse de dónde vivía.

—¡Si perteneces á mi Parroquia!—exclamó.—Como nunca te hemos visto en la iglesia, es natural que no te conociéramos. Pues mira, pensando estaba hace un momento en llamar á un maestro de albañil para hacer reparaciones en la sacristía y en las capillas. Quedas admitido en este trabajo, y si te conduces bien, ya veré de recomendarte á un maestro de obras mi feligrés, y espero que no te irá mal.

Tiburcio vió el cielo abierto, y en él á San José en figura de aquella imagen, que le sonreía.

El señor Cura cumplió sus promesas, y Tiburcio la suya á San José, yendo el domingo siguiente á confe-

sarse y comulgar. Atribuía su buena ventura á la *influencia* del santo Patriarca.

Desde entonces no le ha faltado trabajo ni se ha apartado de la conducta propia de un buen cristiano, cumpliendo con todos los preceptos de la Iglesia.

Y enterado el señor Obispo por el Párroco de las aventuras y de la intachable honradez y religión de nuestro Tiburcio, le ha reservado la primera plaza vacante en las obras de la catedral, que durarán, según probables conjeturas, más que la vida del buen obrero.

J. M.

Héroes de la caridad

No hace muchos años que apareció en lengua extranjera un precioso y documentado libro del que entresacamos la siguiente estadística dignísima de ser conocida de todos, y en especial de los pobres. Se refiere al número de jesuitas muertos de enfermedades contagiosas contraídas sirviendo á los apesados. Nótese bien que los muertos pertenecen á una sola familia religiosa de las muchas que hay en la Iglesia de Dios, y que sería preciso añadir varios miles de víctimas más á las cifras que á continuación se leen, si se fueran á contar todos los religiosos de todas las órdenes y congregaciones religiosas que han muerto de igual suerte víctimas de su caridad y amor para con los pobres.

En los tres siglos y medio que lleva de existencia la religión de la Compañía de Jesús, ha dado á la Iglesia el siguiente número de mártires de la caridad:

Franceses 386; Polacos 342; Italianos 298; Españoles 276; Belgas 183; Alemanes 175; Portugueses 150; Austro-húngaros 125; Holandeses 43; Ingleses é Irlandeses 27; Mejicanos 18; Suizos 12; Chilenos 4; Colombianos 2; Peruano 1; De nación no bien, determinada 52 Total de muertos de todas las naciones 2 094

«Obras son amores y no buenas razones» dice muy bien el proverbio castellano. Por las obras y no por las palabras has de conocer, pobre obrero á quien van dirigidas estas líneas, quién es tu verdadero amigo. Si lo son esos que te engañan con falaces promesas cuando te necesitan para sus negocios y te abandonan en tus necesidades, ó lo son esos otros á quienes tu desprecias porque no los conoces y que sin embargo te buscan para pagar tus desdenes con beneficios.

ALBERTO.
C. M.

Anticlericalismo puro

—¿Se puede hablar?

—Sí, hombre, sí.

—¿Y gritar?

—Grita y ensancha los pulmones.

—Pues... ¡Viva la república!

—¿Para qué la quieres?

—Para que nos libre de toda esa polilla como anda por los... Ministerios y se atienda mejor á los pobres que pagamos, callamos, rabiamos y emigramos por que este es ya el país de arrebatada capas.

—¡Caramba, caramba y cuánto teñas por desembuchar. ¿Pero crees que tu deseada república va á resolver eso?

—Creo que sí. Pablo Iglesias, digo D. Pablo, ha dicho en el Congreso que el obrero halla más garantías en la República que en la Monarquía.

—¡Siempre sereis inocentes! ¡Ni lo que veis os desengaña!

—Escuche V. y dígame si puede haber algo peor que esto que trajeron los periódicos de estos días:

«La interpelación del Sr. Silió ha producido un efecto de horror y de indignación.

Se ha levantado un punto la cal de uno de los blanqueados sepulcros de la Administración pública, y despojos hediondos de arbitrariedades, despilfarros, despotismos, ignorancia, hipocresías y todo linaje de iniquidades, han asqueado á los espectadores ó jueces imparciales.

¡Y eso no ha sido más que el botón de muestra, la uña del león!»

«La acusación había sido demasiado concreta:

Habláis de cultura, de enseñanza, de ilustración, de progreso... Todas esas palabras no significan más que millones arrebatados del bolsillo del contribuyente para repartirlos entre amigos y paniaguados en merienda de negros.

Contra esto no hay respuesta ni sofisma que valga.»

De modo que ya V. ve, nos roban, nos roban miserablemente en todos los organismos del Estado... y vaya otro trocito elocuente:

«Recuérdese cuando el Sr. Canalejas, desde los bancos de la oposición, pedía, en elocuentes párrafos, millones y más millones, y el señor Rodríguez San Pedro le preguntaba: «¿Para qué los queréis? Decíme en qué los vais á gastar y en seguida propondré á la Comisión que admita la cifra.» Y ni el Sr. Canalejas ni el Sr. Alvarez (D. Melquiades) dijeron para qué querían aquellos millones.

Ahora ya sabemos para qué eran; para repartirlos entre los amigos, para crear una Dirección general y siete inspectores generales, que no inspeccionan; para nombrar personal que vaya al extranjero á viajar en épocas en que debieran estar al frente de sus cátedras y para otras muchas cosas que no favorecen la cultura patria y si sólo á los amigos particulares y aun á los enemigos del régimen monárquico, como se ha probado en el Parlamento.

¡Menguada democracia y lucido grupo de «estadistas» los que padecemos! Mientras las gentes se mueren de hambre en las urbes y en los campos; mientras la necesidad empuja á las muchedumbres campesinas á otras Patrias, bajo otros cielos, y en los hogares resulta imposible el equilibrio económico, por el brutal y progresivo encarecimiento de la vida, gobernantes ineptos, estadistas improvisados despilfarran el Tesoro público y oponen á la justa ira de la opinión burlada un encogimiento de hombros desdeñoso...»

Oiga, oiga esto otro que se me había olvidado leerse.

Después de la interpelación enérgica y bien fundamentada del Sr. Silió, esta era la voz popular:

«Si yo tuviera un administrador como Rodrigáñez, inmediatamente le daba la cuenta y le quitaba el cargo.» «Si yo tuviera un administrador como Gimeno, después de despedirlo, me pasaría por el Juzgado correspondiente.»

—Yo cogería un petardo y ¡paf! ¡se acabó todo! ya que no se ve quien lleve á estos... ministros á la barra.

—Tu crimen no disculparía el otro.

—¿A que se indigna V. leyendo esta burla la más sangrienta de todas?

«Pero quienes pusieron *inri* afrentoso... á la discusión ó... ¿juego de compadres?... fueron los Sres. Gimeno y Silió, conversando afectuosos en el banco azul apenas concluido el debate, y estrechándose las manos efusivamente. ¡Esto es burlarse de España! Toreros que dan y reciben la alternativa...»

—¿A que ya no puede V. contenerse con lo que sigue?

«Un cierto sujeto sufrió una condena de dos meses y veintidós días de arresto mayor por robo; otra de tres años de prisión correccional por ultraje á la bandera española; otra de dos años, cuatro meses y un día por desórdenes públicos, otra de ocho años y un día por sedición; ha sufrido varias otras detenciones por injurias á la Patria... y ¡pare usted de contar!

Pues bien; á ese sujeto el Gobierno le ha concedido una pensión de 2.000 pesetas para hacer estudios *sociológicos* en Francia y Alemania.»

«Valladolid.—Los recaudadores de las cédulas personales llegaron esta mañana á la casa número 36 de la calle de Núñez Arce, con el propósito de embargar á una familia que carecía hasta de recursos para pagar el arriendo de la finca en que vivía.»

¡Viva, la república! que ha de acabar con tanto latrocinio.

—No se con quién has de contar para ese fregado republicano; el pueblo no está por la lucha contra sus administradores (?) sino por la de los toros y sino fíjate en este elocuente sueltécito:

«Después de las interpelaciones Silió y Besada, después del apretón de manos Gimeno-Silió, Madrid se encogió de hombros... España dió media vuelta en el lecho de su indiferencia, y siguió durmiendo.

Pero ayer, en la Plaza de Toros lidiaron dos novillos pequeños, y ¡allí hubierais visto al heróico pueblo del dos de Mayo!

¡Esto era cosa seria!... ¡No se podía tolerar! De pie, agitando los pañuelos, arrojando al ruedo almohadillas, botellas, naranjas y cuanto caía á mano; gesticulando, gritando, insultando á la autoridad, y al empresario, y á los ganaderos, y á los becerros, y á la tierra, que no se abría para tragar tamaña abominación, y al sol, que alumbraba semejante vergüenza... ¡Ah! ¡Oh! ¡Burro! ¡Ladrón!... Más otras exclamaciones malsonantes...»

Luego congregóse el público en manifestación imponente y espontánea, y agitando los billetes en las manos y vociferando injurias: «¡Mosquera ladrón!... ¡Que nos devuelvan nuestro dinero!...», se encaminaron á la Puerta del Sol.»

—Bueno, bueno, que venga la mía y ya V. verá.

—¡Pobres obreros y cómo os engañan. Para entonces, si llega, Dios quiera que no, habríais de decir lo que ahora los de la república francesa y portuguesa.

—¿Qué dicen?

—Escucha, que yo también tengo mis recortes en cartera:

Dicen los de Francia, tristemente chasqueados: «No hay Monarquía que pueda sernos tan funesta como esta República. Que los republicanos no cuenten ya con el proletariado, ni en las barricadas, ni en las urnas.»

Y dicen los de Lisboa en «El Socialista», hablando de su república anticlerical cuanto se puede desear:

«Trabajadores, debéis estar convencidos de que los hombres que ayer predicaban la revolución y el amor á los trabajadores, de-

muestran ser prácticamente tan ruines como sus antecesores. El proletariado se ve hoy más oprimido que en tiempo de la monarquía; ésta nunca trató tan despiadadamente al pueblo, nunca le cerró sus domicilios sociales, y esto se hace hoy, á los quince meses de república, con un pueblo que los mismos gobernantes confiesan que ha implantado la república. Resistámosles con todas nuestras fuerzas.»

—¿Cómo se explica entonces que el pueblo en vista de esto no vuelva en sí, y se emancipe, de sus falsos defensores?

—Es que el obrero no sólo tiene pervertida la razón, sino que tiene también el corazón corrompido, y perdido el sentido de la moral.

Y como el obrero MUCHOS monárquicos y MUCHOS republicanos.

—Entonces ¿qué hacer?

—Cuando Casimiro Perier; Presidente que fué de la república francesa, se hallaba moribundo, después de abjurar solemnemente de todos sus errores, dijo en voz clara á todos los que rodeaban su lecho de muerte: «La religión católica, he aquí lo único que importa, no hay cosa mejor en la tierra. Es una gran desgracia para las sociedades el olvido en que tienen lo que más les interesa para su buen régimen y el de los individuos: ¡la Religión católica! ¡No saben lo que con este olvido han perdido, algún día lo conocerán.»

Mis amigos, volved al Catolicismo, obrad en todo conforme á la ley Santa de Dios sino sois perdidos sin remedio.»

Con que ya lo sabes; no esperes nunca buenos procederes ni rectitud de conciencia de quienes olvidan la ley santa de Dios, de quienes la persiguen porque estorba á sus maléficis planes de ambición y maldad.

Periódicos difamadores

1.º Por resolución y sentencia judicial el diario «Le Matin» de París, convencido de haber difamado y calumniado al Sacerdote Santol director de «La Bolsa del trabajo familiar», avenida de La Motte-Piequet 3, París, ha sido condenado á 100 francos de multa, á 500 por daños y perjuicios, á tres inserciones de 200 francos cada una, en tres periódicos á elección del abate Santol; el periódico «Le Matin», ha sido condenado además á las costas.

2.º El mismo tribunal ha condenado al periódico «La defense republicaine» por injurias al mismo sacerdote, á 50 francos de multa, á 100 francos por daños y perjuicios y á tres inserciones.

¡Siempre los periódicos anticlericales calumniando,... bien que si así no fuera qué razón tendrían para ser anticlericales?

¡Duro en ellos! ¡Paso á la verdad pues que con ella el anticlericalismo ha de ser odiado tanto como el clericalismo amado.

Corazones agradecidos

De Mieres hemos recibido una carta firmada por los obreros de aquella localidad don José González Gutierrez, don Pedro Iglesias, don Alejo Díaz, don Silverio Valdés, don Félix García y don Ignacio Lorenzo en la que en párrafos sentidísimos, reveladores de nobles corazones nos suplican hagamos público por mediación de nuestro periódico, allí muy leído y apreciado, su agradecimiento, y el de sus demás compañeros, nunca exactamente expresado á como lo sienten sus pechos; á la distinguida dama doña Consuelo Cienfuegos Jovellanos, quien con su caridad y cariño sin igual de tantos favores les colmó en las varias veces que estuvo á visitarles en el Hospital de la Fábrica de Mieres, como igualmente lo hace á tantas familias pobres de aquella villa y á muchos obreros.

Hacen también extensivo su reconocimiento en dicha carta, que sentimos no publicar por su extensión, al Dr. don Pedro F. Miranda, don Valeriano Rodríguez, practicante de la Sociedad «Fábrica de Mieres» á las amabilísimas Hermanitas de la Caridad, y á todos los señores de la Gerencia de quienes conservarán eternamente gratos recuerdos y agradecimiento ilimitado.

Dispénsennos los señores mencionados en la noticia que antecede si con ella damos un mal rato á su reconocida modestia; bien está que estas cosas se hagan públicas para ejemplo y edificación de muchos; que ni es el obrero tan desagradecido como le creen algunos, ¡errónea creencia!, ni abundan, desgraciadamente, los que practican como se debe el primer mandamiento de la Ley de Dios.

Medio indispensable es para la buena armonía entre patronos y obreros, entre ricos y pobres, el ejercicio de la justicia hasta en los más pequeños asuntos, pero el mejor elemento de unión, el más eficaz es el de «amarás á tu prójimo como á tí mismo» Ah, si esto nunca se olvidase, la tierra sería un anticipado paraíso, el odio de clases que hoy estimulan infames propagandistas volvería á su natural mansión: la de los reprobos.

EL MISIONERO

Nada importa la muerte que le aguarda de salvajes y fieras en acecho, para impedir que en su ferviente pecho la santa caridad ya germinada,

Con tosco crucifijo como guarda, á bárbaras regiones va derecho, y encuentra el orbe á su piedad estrecho y ya el martirio á sus anhelos tarda.

Firme, arrostrando desigual combate, hambre, fatiga, desnudez, espera tumba ignorada que el orgullo abate:

pues tan sólo su fe busca sincera que el reinado de Cristo se dilate por cuanto alumbrá el sol en su carrera.

A. ARNAO.

Charlas interesantes

El homenaje del amor

—Quedábamos el otro día, señor cura, en que Jesús no se había contentado con llamarse Dios, sino que había

exigido todos los derechos y todos los homenajes propios de Dios. ¿Querría usted explicarme ligeramente esto último?

—Nada más grato para mí, ni más digno de entretener nuestra atención esta tarde. Escuche usted, amigo mío. Si ante nosotros se presentara hoy un hombre humilde, pobre, oscuro, salido de las entrañas del pueblo, de quien nos constara que no había frecuentado jamás las escuelas de los grandes maestros de la ciencia, que no disponía de fuerzas ni ejércitos de hombres, que no tenía el apoyo de los gobiernos, ni la protección de los poderosos, ni el auxilio de nadie y nos dijera: Quiero ser amado, amado por todos, amado sobre todas las cosas, amado con un amor fuerte, grande, heroico... ¿qué pensaríamos, que diríamos de ese hombre?

—Pensaríamos y diríamos que nos hallábamos frente á un pobre loco, digno de compasión y lástima.

—Y si ese hombre anunciase y asegurase que tal amor lo obtendría, no en vida, sino después de muerto, muerto en la ignominia y el desprecio, en la desolación y el abandono más triste y absoluto ¿qué pensaríamos y diríamos entonces?

—Francamente don Plácido, no hallo palabras para calificar la suma demencia y extravío de quien tan absurdas pretensiones abrigara y acariciara en su mente.

—Pues bien ¡oh, amigo mío! Jesús ha formulado esas exigencias y pretensiones, esas seguridades y profecías, y lo asombroso, lo extraordinario, lo sobrenatural es que todo ello se ha cumplido y sigue cumpliéndose en el mundo.

El viejo militar miraba con ojos de asombro al humilde sacerdote, cuyas palabras sonaban en sus oídos con ecos de cosas fantásticas, estupendas, lejanas. El amable párroco se le representaba como maravilloso mago que, llevándole de la mano, le introducía en el mundo de lo desconocido y prodigioso.

—Sí, amigo mío,—continuó don Plácido, con acento de emoción y de ternura. Abandonado de todos en vida, negado, traicionado, hecho el blanco de los odios y de las persecuciones cuando vivo. Jesús se atrevió á esperar ¿qué digo á esperar? á asegurar que sería amado por todos, amado sobre todas las cosas, amado hasta la pasión, hasta el sacrificio, hasta el martirio, después de muerto; y Jesús no se equivocó. Apenas hubo muerto, el amor despertó sobre su tumba. Su cruz se vió cubierta de flores, de lágrimas y besos. Una generación innumera de hombres, de mujeres, de niños, de jóvenes, de ancianos, de sabios, de ignorantes, de pobres y de ricos, prendados de El, enamorados de El, se lanzó en pos de El, besándole los pies, ofreciéndole sus corazones, erigiéndole por rey de sus almas, arrancándole, por decirlo así, de su

suplicio todos los días y á todas las horas.

—Pero eso fué en los tiempos antiguos—objetó don Antero.—Hoy ese amor se ha enfriado, ha palidecido, puede decirse que está en vísperas de morir y desaparecer en el ambiente egoísta, materialista, excéptico, de nuestro tiempo.

—Se equivoca usted, amigo mío. Renán, el mismo Renán, el gran enemigo de Jesús, al que quiso arrojar del trono de su divinidad, no pudo menos de exclamar, con acento de convicción profunda: «Jesucristo se ve mil veces más amado hoy de lo que fué durante su vida.» Y esa confesión de Renán puede comprobarse en todo momento sin más que dirigir una mirada á nuestro alrededor. Vea usted, amigo mío, esa legión inmensa de hombres y de mujeres que, dando un adiós sonriente al mundo, á los placeres de la vida, á las dulzuras del hogar, á los afectos de la patria, corren cada día á encerrarse en los Hospitales y en los orfanatrofios, en las mansiones del dolor y la miseria, en los focos de la pestilencia y de la enfermedad, para consagrar sus vidas al cuidado y consuelo de los apestados, de los huérfanos, de los enfermos, de los moribundos. ¿Quién los empuja á esos heroísmos y excesos de sacrificio? ¿Quién? El amor de Jesucristo. Fíjese usted en esa otra muchedumbre in-

mensa de misioneros y misioneras que á los países negros de salvajismo y de barbarie vuelan á derramar la luz de la civilización, de la fe y muchas veces también su sangre en rescate de las almas de los infieles. ¿Quién los arranca á las comodidades y encantos de la vida, para lanzarlos al sacrificio y al martirio? ¿Quién? El amor de Jesucristo. Vaya usted á llamar, en fin, á las puertas de todos los claustros y pregunte qué es lo que puebla las soledades aquellas de almas santas, de místicas flores de pureza, y enseguida escuchará una voz que dice: el amor de Jesucristo. ¿Hay quién puede negar estos hechos?

—La realidad es más fuerte que todos los argumentos, y ante esos hechos que usted acaba de exponerme y recordar, no hay más remedio que bajar la cabeza y asentir plenamente, señor cura.

—Quedamos, pues, en que Jesús es hoy amado como lo fué siempre, como nadie en el mundo lo ha sido jamás. ¿Dónde está el rey, el conquistador, el soberano, el hombre de inspiración y de genio, el poderoso, el filósofo ó el fundador de una religión que, después de muerto, durante siglos y siglos, haya seguido viviendo en el corazón de sus adeptos, de sus discípulos, de sus amigos?... Luis XIV, el gran monarca francés, no había muerto aún y ya se veía abandonado de sus

cortesanos y siendo quizá el objeto de sus risas. No era ya su señor; era un cadáver, un cadáver, un féretro, una fosa y el horror de una descomposición inminente. Napoleón, prisionero en Santa Elena, lanzaba, entristecido al viento estas memorables palabras: «Ahora que me veo sólo y clavado á esta roca ¿en dónde están los cortesanos de mi infortunio? ¿en dónde están mis amigos?» Es la triste historia de todos los humanos destinos. Sólo Jesús ha escapado á esa ley del olvido, de la indiferencia, del abandono, universal, perpétuo. ¿Qué deducir de todo ello?

—La consecuencia es clara, señor cura; ante ese estupendo milagro de la vida inmortal de Jesús en las almas, no hay más remedio que reconocer y confesar que Jesús es Dios.

—Esa es la consecuencia lógica, natural, inevitable, que de los hechos se desprende... En uno de aquellos relámpagos admirables de su genio, Pascal llegó á sintetizar su pensamiento en esta sublime frase, que coincide en el fondo con la de usted: «Jesucristo quiso ser amado, lo fué, es Dios!»

TEODOMIRO.

Imp. de Lino V. Sangenis.-Gijón

¡ANUNCIANTES!

no desatendais esta **Sección** que invierte sus utilidades en libretas de la Caja de Ahorros, para familias pobres: : : : : :

Monte de Piedad y Caja de Ahorros DE GIJÓN

Establecimiento benéfico bajo el protectorado del Ministerio de la Gobernación.

CALLE DE SAN ANTONIO, NÚM. 16

Monte de Piedad

Se presta sobre alhajas, ropas, efectos, muebles valores, etc., al 6 por 100 al año.—Subasta todos los primeros domingos de mes, de diez á una, y si no se concluyese, se prosigue en los domingos siguientes.—Se admiten depósitos en custodia.—Cantidad prestada en este Establecimiento en los seis años de existencia: 6.539.927 pesetas.

Caja de Ahorros del Monte de Piedad

Intereses que abona esta Caja: El 3 por 100 anual en las imposiciones reembolsables á la vista.—El 3 y medio por 100 anual á las imposiciones reembolsables á los seis meses.—El 4 por 100 anual á las imposiciones reembolsables á doce meses.—Hay libretas para poder ahorrar desde cinco céntimos de peseta, en sellos.—Además se venden huchas á seis pesetas, y se alquilan á dos reales al año, para ahorrar á domicilio.—Compra y venta de valores por cuenta de los imponentes.—Cantidad ingresada en nuestra Caja de Ahorros en los seis años de existencia: 7.048.320 pesetas.

Horas de oficinas: De 9 á 12 y de 3 á 6

||Una sociedad sin religión, no es más que un conjunto monstruoso de hombres que solo saben gritar, aborrecerse y despedazarse.

APARISI.

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1875
Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

BIBLIOGRAFIA

Diálogos Catequísticos, 2.^a serie, sobre los Mandamientos de la Ley de Dios, y de la Iglesia, por el Doctor D. Federico Santamaría, Presbítero, Secretario de la Liga Nacional de Defensa del Clero y Redactor de «Semana Parroquial». 100 páginas, 35 céntimos ejemplar. En casa del autor, Plaza de las Peñuelas, 20, Madrid, rebaja desde 20 ejemplares.

Esta obra es continuación de la primera serie, que mereció grandes elogios de toda la prensa. En esta serie el autor expone en 20 Diálogos los Mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia.

En ellos encontramos la misma meridiana claridad y la solidez que en la primera, y al cabe, ofrece mayor amenidad.

No nos admira que redactores de revistas catequísticas extranjeras, hayan pedido al autor facultad para traducirlos á sus idiomas respectivos.

A la exposición de los Mandamientos preceden los juicios favorables de la prensa acerca de la primera serie, un prólogo del Doctoral de Madrid y cuatro palabras del autor en que leemos grandes elogios del director de la *Hojita celeste* de Sevilla, para los opúsculos del señor Santamaría.

La recitación de estos Diálogos, dará gran interés y solemnidad á los actos públicos de las Catequesis y Colegios. Nuestra enhorabuena al autor.

Lámpara económica de noche

Se toma una botella de vidrio blanco, se llena hasta su mitad de aceite de oliva y se coloca un pedacito de fósforo; después se tapa el frasco con un tapón.

La botella puede muy bien hacer las veces de lámpara de noche; se aumentará la luz elevando por un instante el tapón para dar paso al aire. Esta veladora de noche puede durar todo un año; cuando las sustancias están inservibles deben renovarse.

Correspondencia administrativa

Sra. D.^a B. C.—La Felguera.—Pagó á fin Junio 1912.

Sr. Dr. S. de Tuy.—Id. fin Marzo 1912.

E. S. de A.—Madrid.—Recibido G. P., serviremos su pedido tan pronto repitamos la tirada.